

Bellinzona. La Confederación Helvética dominaba en las bailías de Lugano, Locarno y Val Maggia; las Grisones la Valtelina; el papa estaba en posesión de Mantua, Parma y Plasencia, como herencia de la condesa Matilde. Después, ó para agrandar á los ancianos, ó para adquirir nuevos amigos, Esforcia regaló otras porciones de territorio, como Lecco á Jerónimo Morone, Vigevano al cardenal de Sion, Rivolta y la Geradadda á Oldrado Lampugnano. Vióse además precisado á imponer enormes y arbitrarias contribuciones á los súbditos para satisfacer á los extranjeros, á quienes sonreía la idea de hacer odiosos el gobierno nacional. Bolonia fué también tomada y el papa titubeó si debía destruirla. Habiendo recobrado Génova su independencia, proclamó dux á Juan Fregoso, y Alfonso de Este marchó en persona á presentar sus excusas al papa.

29 de junio.

Florenza se mantenía tranquila, y en la línea de sus deberes: mas no por eso evitó el ataque. Raimundo de Cardona se dirigió contra ella, prometiendo respetar sus propiedades y las franquicias en la ciudad, si consentía en arrojar á Soderini y en recibir á los Médicis. Podía salvarse ofreciendo dinero, móvil único de aquellos capitanes; pero recurrió á los razonamientos, como si se admitiesen en medio del estruendo de las armas; y Soderini, excelente patriota, mas bien que hombre de energía, titubeó y no hizo preparativos de guerra. Prato, donde un cuerpo asalariado detuvo primero á los agresores, fué teatro de la matanza mas horrible (1). Luego, una asociación de jóvenes, que acostumbraban reunirse en los jardines de Rucellaj, hizo arrojar á Soderini, y recibir en Florenza á Julian de Médicis, hijo tercero de Lorenzo et Magnifico. Enorgullecidos los antiguos dominadores con la victoria, y extranjeros á causa del destierro, no dejaron de conseguir la mejor parte. Abolidas las leyes dadas después de su expulsión, se constituyó una estrecha oligarquía; se destruyó la ordenanza; los antiguos Piagnoni fueron excluidos de todos los empleos, los Españoles pagados suntuosamente, y Florenza entró también en la Santa Liga.

30 de agosto.

2 de setiembre.

16 de setiembre.

Cuatro naciones extranjeras saqueaban alternativamente, ó mas bien á porfía, aquel hermoso país, pero los Franceses dividían el botín con aquellos mismos á quienes lo habían arrebatado (2), y seducían á las mujeres en lugar de violarlas. Sordos los Españoles á la piedad, como hombres acostumbrados á matar Moros y Americanos, no se dignaban hablar al vencido, considerándole ménos que hombre; orgullosos los Suizos y los Alemanes con su fuerza, toscos

(1) Tres descripciones de aquel saqueo se imprimieron en el *Archivio Storico*, tom. I, 1842; y las inhumanidades de los Españoles exceden á todo encarecimiento.

(2) « Los Franceses apeteen el bien ajeno, y lo prodigan luego al mismo tiempo que el suyo; así el Frances roba cuanto encuentra para comercio y derrocharlo con aquel á quien ha robado. Carácter contrario al del Español; pues la persona robada no ve nada de lo que este le quita. » MAQUIAVELO.

y brutales, buscaban el deleite sensual y no el amor, dinero y no palabras. Sin embargo, la pobre Italia se veía obligada á mirarlos como redentores, é inducida por el engaño acostumbrado de creer que adquiría la libertad mudando de señor, se sublevaba en todas partes contra los Franceses, degollando separadamente á aquellos contra quienes no podía ya oponerse en el campo de batalla.

Amenazaba, pues, un tiempo borrascoso á la Francia; y ya Enrique VIII entraba en el Artois, Fernando había invadido la Navarra y los Suizos la Borgoña. Pero las opuestas pretensiones de los confederados se renovaron apenas estos obtuvieron la victoria. Todos traspasaron el objeto que los había reunido, y Luis XII podía esperar aliados, aun en aquellos que acababan de pelear contra él. Solo Julio II le guardaba rencor, y distribuyendo el castigo al par de la alabanza, trasladó al rey de Inglaterra el título de Cristianísimo y el reino de Francia, y excitó contra él á los Suizos, á quienes se proponía convertir en barrera de la Italia, después de haber expulsado á los Bárbaros, pero le sorprendió la muerte. En el delirio de su agonía se le oía repetir: *¡No mas Franceses en Italia!* Si hubiese dirigido sus acciones á este soloobjeto, mereciera bien del país; pues se había mostrado digno de gobernar un Estado mas extenso, por la generosidad de sus miras, su abnegación en cuanto á los intereses domésticos, y su respeto á la libertad de los pueblos.

Le sucedió su legado Juan de Médicis, bajo el nombre de Leon X, y encontró un tesoro de trescientos mil zéquites, que no pensaba gastar en guerras, sino en magnificencias. Joven y generoso, consumió una tercera parte en las fiestas de su inauguración. Se ocupó seguidamente en consolidar el poder de su familia en Florenza, cuyo arzobispado con el capelo de cardenal concedió á Julio, su primo. Habiendo sido denunciada en aquellos días una de esas conjuraciones que á los gobiernos nuevos suministran motivos para sujetar el freno y aguijonear mas con la espuela, dejó á dos de los jefes subir al cadalso (1), é hizo perdonar á los demas, entre los cuales estaba Maquiavelo.

Disponíase Luis XII á reparar sus pérdidas en Lombardía, y siendo en efecto acogido en todas partes con entusiasmo, recobró á Génova y el Milanésado. Este último país había

(1) Lucas de la Robbia, sobrino del pintor que asistió á Pedro Pablo Boscoli en sus últimos momentos, extendió una tierna recitación de su infortunio y del de Agustín Capponi (1512). Boscoli le decía: « Por favor, Lucas, quitadme á Bruto » de la cabeza, á fin de que en este último paso me muestre » buen Cristiano. » El fraile que le asistió decía también á Lucas: « En cuanto á lo que me dijiste esta noche, de que » le recordase que las conjuraciones no son licitas, sabe que » Santo Tomas hace esta distinción: Ó los pueblos han colocado el tirano á su cabeza, ó reina por fuerza, de repente, » y á despecho del pueblo. En el primer caso, no es lícito » entrar en conjuraciones contra el tirano; en el segundo, » es cosa meritoria. » Tampoco esta vez el liberalismo pensaba como Maquiavelo. Véase el *Archivio Storico*, tom. I.

pertenecido á los Suizos que, temibles como soldados, no como nación, apenas pasaron los Alpes, cuando concibieron la manía de las conquistas, y se atrevieron á creer que su libertad debía abrazar parte de la Suabia, la Alsacia, el Tirol y el Milanésado, lo que hubiera hecho que llegaran hasta el Mediterráneo, si no mas felices, quizá mas poderosos. Pero le faltaba unidad; y la corrupción causada por el dinero extranjero (1), como también las discordias religiosas, pronto los debilitaron.

Ellos solos se habían empeñado en sostener á Esforcia; y tornando en mayor número hicieron experimentar en Novara á las tropas francesas la mayor derrota que habían sufrido. Pronto la Lombardía, el Piamonte y también Génova quedaron libres. Pero el rey católico continuó haciendo una guerra mortífera á los Venecianos, que además de la derrota de Alviano, vieron un incendio casual devorar la parte mas mercantil de la ciudad, y perecer en una noche ~~oto~~ tanto de lo que habían gastado en cinco años de guerras.

6 de junio.

1311. 21 de febrero.

1311.

Muerto de Luis XII.

1515. 1º de enero.

Los pueblos debían estar cansados de tan grandes padecimientos, y los reyes de imponerles tormentos tan atroces. Por otra parte, Leon X, ménos apasionado que su predecesor, veía que el engrandecimiento de los Austriacos en Italia sería ruinoso para la península y particularmente para la Santa Sede (2), y su único deseo era fundar un principado secular en el Pó para su hermano Julian. En su consecuencia se unió al rey cristianísimo, y este renunció al conciliábulo de Pisa; se reconcilió con Fernando, abandonándole la Navarra; obtuvo la paz de los Suizos, y tomó por mujer á María, hermana de Enrique VIII, á quien engañó siempre descaradamente su versátil suegro Fernando. Maximiliano, á quien el papa quiso en vano reconciliar con los Venecianos, persistió en una guerra desastrosa y sin ningun resultado.

En medio de aquellos tratados murió Luis XII, rey muy querido de su país (3), por cuyo interés había emprendido las guerras de Italia. En efecto, si hubiese dejado subsistir las pequeñas potencias de aquella península, al fin le habrían oprimido; si no se hubiese unido á Alejandro VI, aquellas potencias se habrían aliado al pontífice, y de concierto le hubieran aniquilado; si no hubiese reclamado la asistencia de Fernando, no conquistara á Nápoles,

(1) M. May (*Hist. militaire de la Suisse*, tom. IV, sección 59) demuestra que los Suizos ganaron 100.000.000 de francos en las guerras en que tomaron parte hasta 1514.

(2) Deben leerse, sobre las condiciones políticas de aquella época, las cartas confidenciales entre Maquiavelo y Vettori, dos zorros viejos ambos; sobre todo las de julio y agosto de 1543.

(3) P. L. RÖDERER, en su *Louis XII et François Ier ou Mémoires pour servir à une nouvelle histoire de leur règne*. (Paris, 1825), juzga bien á los diferentes escritores que han hablado de aquellos dos reyes, y pretende demostrar; 1º que las guerras de Luis XII en Italia estuvieron bien concebidas, mejor dirigidas y no fueron infructuosas; 2º que su gobierno interior revela el plan mas sabio y generoso que ha entrado nunca en la cabeza de un rey.

y habría sucumbido á los esfuerzos del papa; y si se hubiese decidido á vivir en Nápoles, hubiera perdido este reino y la Francia. Pero los Italianos le encontraron pérfido sin política, ambicioso sin capacidad; introdujo un cisma en la Iglesia, tuvo diez años en una fortaleza á su rival Luis el Moro; promovió la liga de Cambray, y ejerció la guerra con crueldad sin haber, no obstante, conseguido su objeto.

Francisco I, que le sucedió, se hizo proclamar en Reims por el heraldo duque de Milan, y apresuró los preparativos de una expedición, al mismo tiempo que negociaba la paz. Concluyóse esta con el Austria y la Inglaterra, pero no pudo atraer á los Suizos á su partido. Se entendió, pues, con los Venecianos, y se puso en marcha con el mejor ejército que había atravesado los Alpes. Componíase de dos mil quinientas lanzas, que cuentan por quince mil hombres, veinte y dos mil lasquenetas, llamados bandas negras, ocho mil aventureros franceses, seis mil Gascones, tres mil zapadores y setenta y dos piezas de artillería de grueso calibre. Pedro Navarro, que había introducido el uso de las minas, y se alababa de que ninguna fortaleza se le resistía, había sido hecho prisionero en la batalla de Rávena, y no habiendo podido obtener de Fernando el precio de su rescate, entró al servicio de la Francia, y mandaba á los Gascones. Con aquel ejército volvía Bayardo, guerrero de gran fama, que nunca mandó en jefe, aunque es cierto que ningun general quiso emprender nada importante sin el socorro de su brazo y de sus consejos; como si le agradase combatir donde le parecía, y arrostrar los peligros, sin que el puesto que ocupaba le sirviese de obstáculo (1).

El *general tonsurado*, como llamaban al cardenal de Sion, enemigo mortal de los Franceses, incitaba á los Suizos para que conservasen á Milan para Esforcia, su hechura é instrumento. Fortificaron, pues, los pasos de los Alpes, y los demas confederados siguieron su ejemplo; pero Francisco I, inclinándose al consejo del anciano Trivulzio, desembocó por el valle de la Estura (2) y el caballero Bayardo cayó tan de improviso sobre el enemigo, que hizo prisionero en la mesa á Próspero Colonna, el mejor general italiano. Los Milanéses contemplaban aquel espectáculo, con la engañosa esperanza de recobrar su independencia al fin de la lucha empeñada entre los dos amos, y Jerónimo Morone, ministro de Esforcia, alimentaba el ardor patriótico y con su actividad trataba de suplir la insuficiencia del príncipe.

En Mariñan, se dió entre Suizos y Franceses una batalla tan terrible que Trivulzio decía, que las diez y ocho á que había asistido, eran batallas de finos comparadas con aquel combate de gigantes. Los *domadores de los prin-*

Francisco I en Italia.

27 de junio.

15 de agosto.

Batalla de los gigantes.

(1) BRANTOME, *Vies des capitaines français*.

(2) No falta quien diga que en aquella coyuntura abrieron los Franceses la travesía que va de Monviso á Traversetta; mas parece que fué llevada á efecto aquella operación en 1480 por Luis, décimo marques de Saluzzo.

14 de setiembre.

cipes se vieron á su vez domados, pues veinte mil Suizos quedaron muertos. El rey Francisco I quiso ser armado caballero en el campo de batalla por mano de Bayardo, que exclamó: « ¡Feliz espada la mia, por haber conferido la » caballería á tan valiente y poderoso rey! Mi » buena espada, serás como reliquia guardada, » y honrada mas que ninguna otra; no te » volveré á desenvainar, sino contra los Turcos, los Sarracenos y los Moros. »

Los Suizos, que habian cesado de ser invencibles, pretextando que se les demoraba el sueldo, se marcharon jurando volver á desquitarse, pero no tardaron en concluir con el rey de Francia un tratado de paz perpétua. Maximiliano Esforcia, encerrado en el castillo de Milan, siempre temeroso de las minas de Navarro, capituló, mediante 300 escudos de pension, y llevado á Francia, murió, como su padre, en la prision (1530). Entónces Francisco I verificó su entrada en Milan.

Leon X, viendo vencidos aquellos Suizos, en quienes los papas tenian la costumbre de fiarse como los ménos peligrosos entre los extranjeros, se consideró perdido (1), olvidó sus rencores para alejar al rey que podía muy bien adquirir toda la Italia, y le cedió á Parma y Plasencia, con tal que asegurase á los Médicis aquella Florencia cuya libertad debiera haber tomado bajo su proteccion, por el afecto constante que mostraba á su casa. No teniendo ya nada que temer Francisco I de los Suizos, volvió á sus Estados, dejando para gobernar el Milanesado al condestable de Borbon, y despues á Lautrec, cuya envidia hizo incurrir á Trivulzio en la desgracia del rey, y llenó de amargura el fin de su larga carrera.

Fernando, temiendo que los Franceses se dirigiesen desde la Lombardia al reino de Nápoles, pagaba al emperador á fin de que continuase en actitud amenazadora respecto del rey Francisco; Enrique VIII habia vuelto á comenzar la guerra; Francisco Esforcia, otro hijo de Luis el Moro, hacía presentes sus derechos al ducado, de manera que no tardaron en estallar nuevas hostilidades. Estas eran dirigidas débilmente por el emperador, siempre fuera de propósito en las marchas, y desgraciado en el éxito; por Lautrec, que secundaba las intenciones secretas de su rey, y por los Venecianos que recobraron á Verona, pero que debilitados por una guerra sin fin, pusieron los empleos en pública subasta, y vieron al comercio seguir otro cauce y á los Turcos mostrarse amenazadores para con la república.

1516. 45 de enero.

En este estado de cosas murió Fernando el Católico; y Carlos de Austria, llamado á sucederle, se apresuró á concluir la paz con Francia, para no hallar en ella oposicion. Las condiciones se estipularon en Noyon, y hubo un momento de tranquilidad que permitió á toda

(1) Al Veneciano Zorzi decia: *Domine orator, veremur lo que hará el rey cristianísimo, si nos entregamos en sus manos viéndole misericordia.*

la Europa respirar. Ya Francisco I habia hecho un arreglo con los Suizos, determinando el subsidio que pagaría á cada canton, y con la corte de Roma celebró un concordato que abolia la pragmática sancion y las libertades galicanas. Habiendo muerto Julian, hermano de Leon X, se dió á su sobrino Lorenzo el ducado de Urbino, arrebatado por la fuerza de las armas á Francisca María de la Rovere, y que pronto, por la muerte de Lorenzo, fué reunido al patrimonio de San Pedro. También Perusa quedó sometida, pereciendo en el patíbulo Juan Pablo Baglione; los demas jefes que se habian elevado con la caída del duque de Valentinois, fueron dominados por la fuerza ó por la perfidia; hasta el sacro colegio tuvo que sufrir el yugo, y á los dos cardenales, Sauli y Petrucci, convencidos de tramas, se les condenó á muerte. Habiendo quedado solo Maximiliano en la lucha, amenazó tratar á Milan como Federico Barbaroja; pero los Suizos, á quienes no podía pagar, no le querian obedecer; por lo cual él hujo y ellos se retiraron saqueando á Lodi, Santo Angelo y todo el país á orillas del Adda. Maximiliano se adhirió inmediatamente al tratado de Noyon, dejando la ciudad de Verona á los Venecianos, y conservando á Riva de Trento, Roveredo, y todo lo que habia adquirido en el Friul. De esta manera se concluyó la guerra suscitada por la liga de Cambrai, y Venecia, en cuyo daño se habia conjurado la Europa, recobró en la paz lo que habia perdido en ocho años de guerra, solo que habia habido millares de hombres muertos en cada nacion, que el comercio de la Italia estaba arruinado, y su territorio expuesto á los ataques de los Turcos (1) y de los ambiciosos, que pronto llegaron á causarle males mas crueles y duraderos.

Poco tardó también Maximiliano I en concluir una vida pasada entre grandes designios é incapacidad de realizar ninguno. Sin dinero y no obstante pródigo, aquel príncipe, de un valor caballeresco en las batallas y que se volvía todo imaginacion en los consejos, probó todos los medios para engrandecerse, y engrandecer á su familia, hasta pensar seriamente en hacerse papa (2).

(1) Los Berberiscos no cesaban de molestar á Italia, y habiendo desembarcado en 1517 con 18 fustas, estuvieron á punto de apoderarse del mismo Leon X. En el mes de abril del año siguiente, el cardenal Bibiena escribia: « Las fustas de los Turcos ó de los Moros han capturado á la altura de Ostia y hasta en las embocaduras del Tiber algunos buques que iban á Roma, y desembarcando la gente á bordo, se apoderaron de varios hombres y mujeres; (el cardenal de) San Jorge que estaba en Ostia emprendió la fuga, y lo mismo hizo (el cardenal) Agenense, que estaba en el campo, cerca de Poreigliano. »

(2) En la coleccion de las cartas de Luis XII, hecha por el señor Godefroy, hay una en que Maximiliano, á fin de obtener dinero de los Fugger, propone dar en prenda el *pallio de las investiduras* perteneciente á la casa de Austria, *et cujus nos, post adeptum papatum, non amplius erit ut opus habeamus*, t. III, pág. 326. Es aun mas curiosa la dirigida á su hija Margarita, en un frances bastante malo; dice así:

« Carísima y amadísima hija: he oído el consejo que me habéis dado por conducto de Guillermo Pegum, y despues de

1516. Tratado de Noyon, 15 de agosto.

1517. 4 de diciembre.

Muerte de Maximiliano.

1518. 12 de enero.

## CAPÍTULO VI

Francisco I y Carlos V.

Carlos. Fernando casó á su única heredera con Felipe el Hermoso, hijo del emperador; pero habiendo muerto el príncipe ántes que el monarca castellano, la corona pertenecia á Carlos, que habia nacido de aquel. Además, por María de Borgoña, su abuela, era Carlos heredero de la mayor parte de los Países Bajos y del Franco Condado; por su madre de los reinos de Castilla, Leon y Granada; por su abuelo materno de los de Aragon y Valencia, del condado de Barcelona y del Rosellon, de los reinos de Navarra, Nápoles Sicilia y Cerdeña, y por Maximiliano, le correspondian el Austria, la Estiria, la Carintia, la Carniola, el Tirol y la Suabia Austriaca. Añádase á esto una porcion de territorio africano y la mitad de la América, y se comprenderá cómo pudo alabarse de que nunca se ponía el sol en sus dominios.

Á la muerte de Maximiliano se presentó también á pedir la corona imperial; pero tuvo por competidores á Enrique VIII y Francisco I. Los embajadores de este último acudian á los electores, corriendo de corte en corte con un saco de oro, y diciéndoles que « no perpetuasen en la casa de Austria una corona electiva, y que sería un loco el que, al acercarse una gran tempestad, titubeára en confiar al mas valiente el timon de la nave. » Pero los talentos que Francisco I habia manifestado, eran

mucho pensar, debo manifestaros, que no encuentro ninguna razon plausible para contraer nuevo matrimonio, y que en consecuencia he formado el firme propósito de no volver á tocar mujer alguna desnuda.

« Envío mañana á monseñor de Gurce á Roma, á fin de que vea el medio de conseguir que el papa me tome por su coadyutor, con lo que podré asegurar el papazgo para despues de su muerte, y llegar á ser sacerdote y luego santo; de suerte que me adoréis cuando haya dejado de existir, lo que me colmará de gloria.

« Á este propósito mando una persona al rey de Aragon, con encargo de suplicarle que me ayude á dar cima á mi proyecto, el cual es de su agrado, pues me he convenido en renunciar el imperio á favor de nuestro comun hijo Carlos, que era su única exigencia. El pueblo y los nobles de Roma se han aliado contra los Franceses y los Españoles; son 20,000 combatientes, y me han mandado á decir que quieren estar por mí, y elegir un papa á mi gusto y al del imperio de Alemania: no quieren Franceses, Aragoneses, ni aun Venecianos.

« He empezado también á tratar con los cardenales; 200 ó 300,000 ducados me harian un gran servicio con la parcialidad existente ya entre nosotros.

« El rey de Aragon ha dado órden á su embajador para que los cardenales españoles voten á mi favor.

« Os recomiendo reservar esto, aunque temo que dentro de pocos dias será preciso que todos lo sepan, porque es imposible mantener secreta una materia tan grande, y que exige tanta gente, tanto auxilio de dinero y pasos. — Adios. Escrita de mano de vuestro buen padre Maximiliano, futuro papa, el día 18 de setiembre.

« Además, la fiebre no deja al papa, y no puede vivir largo tiempo. »

Es muy interesante la *Correspondance de l'empereur Maximilien et de Marguerite d'Autriche, sa fille, gouvernante des Pays-Bas*, 1507-19, publicada por el señor LE GLAY. Paris, 1839.

precisamente lo que le perjudicaba para con los electores, al paso que Carlos no habia aun revelado ninguno. Acostumbrados los príncipes alemanes á obrar á su antojo, temian que el monarca frances introdujese en un Estado constitucional las costumbres de un gobierno despótico. Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas ofrecian, no el poderoso cetro de Carlo Magno, sino la inútil dignidad de Maximiliano, se mostró digno del sobrenombre de *Prudente*, rehusándola, y les aconsejó diesen la preferencia á Carlos, quien, por la posicion de sus Estados, podría defender el imperio contra los Turcos.

Carlos, aunque las personas prudentes le aconsejaban se contentase con la España, asegurando el amenazado dominio de este reino, y no obstante haber recibido en el camino la noticia de que Cortés acababa de conquistarle en Méjico un nuevo imperio que no veria nunca, ambicionaba también el germánico, por lo cual gastó é intrigó (1) tanto como su rival, y le venció. De todos modos se le impuso una capitulacion que ha sido despues el modelo de las siguientes, por la cual se obligó á proteger la Cristiandad, la paz, la Bula de Oro, los derechos y la libertad de cada Estado; á no colocar extranjeros en los empleos, á no introducir tropas extranjeras, á no usar mas idiomas que el latin y el aleman, á destruir las alianzas comerciales que traian todo agitado con su dinero, y á residir la mayor parte del tiempo en Alemania (2). Carlos lo prometió todo, porque

Cárlos V.

1519. 28 de junio.

(1) Aun se muestra en Augsburgo un borrador de los banqueros Fugger, con la indicacion de las diferentes sumas pagadas á cada elector para comprar su voto. En cuanto á las disputas que se originaron entónces, véase la aclaracion B.

(2) *Capitulaciones impuestas por los electores á Carlos V.* Primeramente que su majestad defienda siempre la religion cristiana, el sumo pontífice y la Iglesia Romana, de la cual se llame y sea continuo protector.

Que administre siempre la justicia á todos con igualdad.

Que procure siempre la paz.

Que confirme no solo las leyes del imperio y particularmente la de la Bula áurea, sino que las amplíe también en caso necesario con el consejo de los electores.

Que organice el parlamento de la Alemania en el imperio.

Que no quite ni disminuya los derechos, los privilegios y las dignidades de los príncipes y de los Estados del imperio.

Que siempre que los electores necesiten reunirse para deliberar ó consultar acerca de las cosas relativas á la república de Alemania, puedan hacerlo, sin que sea dable á su majestad impedirlo.

Que anule todas las confederaciones y ligas celebradas entre la plebe y la nobleza contra los príncipes, prohibiendo por medio de leyes y edictos el celebrarlás en adelante.

Que no forme ningun pacto ni convenio con extranjeros sobre los asuntos del imperio, sin el consentimiento de los siete electores.

Que no empeñe ni venda los bienes del imperio, ni en manera alguna los deteriore ó disminuya; debiendo recuperar lo mas pronto posible aquellos que al presente están ocupados por otras naciones, ó que han sido enajenados por el imperio, sin cometer no obstante injusticia contra los privilegiados ó contra los que ostenten algun derecho.

Si su majestad misma ó uno de sus parientes ó de su corte, poseyese injustamente alguna cosa del imperio, deberá restituirla, siéndole ordenado por seis electores.

Conservará la paz y la amistad con los pueblos y los príncipes vecinos y con los demas reyes cristianos.

No podrá declarar la guerra á nadie por asuntos del imperio, sin que consientan todos los Estados, y en especial los siete electores imperiales.